

Desde la boca del Este en que se hallaba, no podía ver la panza á causa de las tortuosidades del desfiladero. Al llegar á la última vuelta se detuvo esperando un relámpago.

El relámpago llegó y le mostró la situación.

La arremetida del mar en la boca del Este habia coincidido con una arremetida del viento en la boca del Oeste.

En este punto se iniciaba un desastre.

La panza no tenia ninguna avería visible. Del modo que estaba anclada, ofrecia poco blanco á los embates del viento y de las olas, pero el esqueleto de la Duranda amenazaba desplomarse. Aquella ruina presentaba á la tempestad mucha superficie. Se hallaba enteramente fuera del agua, y se ofrecia al aire toda entera. El agujero, practicado en ella por Gilliatt para extraer la máquina, habia acabado de debilitar el casco. La quilla estaba cortada. Era un esqueleto que tenia rota la columna vertebral. El huracan habia sido recio.

No hubo necesidad de mas. El puente se habia plegado como un libro que se abre. Se habia producido un desmembramiento, que fue la causa del chasquido que, en medio de la tormenta, habia llegado á oídos de Gilliatt.

Lo que éste vió al acercarse parecia irremediable.

La incision en cuadro practicada por él se habia convertido en una úlcera, de que el viento habia hecho una fractura. Esta rotura trasversal dividia en dos el buque náufrago. La parte posterior, próxima á la panza, habia permanecido firme en su torno de rocas. La parte anterior, la que hacia frente á Gilliatt, colgaba. Una fractura, en tanto que no se completa, es un gozne. Aquella mole oscilaba

alrededor de sus roturas, como si éstas fuesen bisagras, y el viento la balanceaba con imponente ruido.

Afortunadamente la panza no se hallaba debajo.

Pero el balance conmovia la otra mitad del casco aun incrustada é inmóvil entre los dos Douvres.

De la conmocion está muy cerca el arrancamiento.

Obstinándose el viento, la parte dislocada podia súbitamente arrastrar la otra, que casi estaba tocando con la panza, y en tal caso ésta con la máquina cederia á tan ruda pesadumbre y bajaria al abismo. Gilliatt comprendió el peligro. Era para él la gran catástrofe. ¿Cómo conjurarla?

Gilliatt era de los que hacen brotar el éxito del mismo peligro. Meditó un momento.

Fué á su arsenal y cogió el hacha. El martillo habia trabajado bien; habia llegado su vez á la segur.

Gilliatt subió al buque náufrago. Sentó el pie en la parte de cubierta que no se habia doblado, é inclinado encima del precipicio que separaba los dos Douvres, se dió prisa á acabar de romper los tablones ya medio fracturados y en cortar las ligaduras que aun quedaban en el casco destrozado. Consumar la separacion de los dos trozos del buque náufrago, dejar en su lugar la mitad de él que estaba enclavada, echar al agua la otra mitad que era juguete del viento, auxiliar á la tempestad, tal era la operacion.

Era una operacion mas peligrosa que difícil.

La mitad del casco que estaba colgando, sacudida por el viento y por su propio peso, no estaba adherida sino por algunos puntos.

El conjunto del buque náufrago se asemejaba á una ventana con dos puertas en que una de ellas medio desclavada golpease la otra. Cinco ó seis tablas solamente, dobladas y resquebrajadas, pero no rotas, se mantenian aun firmes. Sus fracturas crugian y se ensanchaban á cada acometida del cierzo, y el hacha no tenia que hacer otra cosa, si así puede decirse, que ayudar al viento. Las pocas adherencias, que tan fácil volvian el trabajo, contribuian á que éste fuese mas peligroso.

Todo podia á la vez venirse abajo y arrastrar á Gilliatt en la caída. La tempestad se hallaba en su parasismo. No habia sido mas que tremenda, y se hizo horrible.

La convulsion del mar invadió el cielo.

La nube hasta entonces habia sido soberana, parecia ejecutar lo que queria, daba el impulso, infundia á las olas su locura, conservando al mismo tiempo no sé qué lucidez siniestra. Abajo estaba la demencia, encima estaba la cólera. El cielo es el soplo, el Océano es no mas que la espuma. De ahí la autoridad del cielo. El huracan es genio.

Sin embargo, la embriaguez de su propio horror le habia turbado. No era mas que torbellino. Era la ceguera engendrando la noche.

Hay en las tormentas un momento insensato, que es para el cielo como un vapor que se le sube al cerebro.

El cielo se pone ebrio. El abismo no sabe lo que se hace. Fulmina rayos á tientas. Nada mas espantoso. Es la hora horrible. La trepidacion del escollo llegaba á su colmo. Toda tempestad tiene una misteriosa orientacion, que

en aquel instante la pierde. Es el mal lado de la tempestad. En aquel instante, *el viento*, decia Tomás Fuller, *es un loco furioso*. En aquel instante se hace en las tempestades ese gasto continuo de electricidad que Piddington llama *la cascada de relámpagos*. En aquel instante aparece en lo mas negro de la nube, no se sabe por qué, para espiar el azoramiento universal, un círculo de resplandor azul que los antiguos marinos españoles llamaban *el ojo de la tempestad*.

Este ojo lúgubre miraba á Gilliatt.

Por su parte, Gilliatt observaba la nube. Ahora levantaba la cabeza. Despues de cada hachazo se erguia altanero.

Estaba ó parecia estar demasiado perdido para que no le dominase el orgullo. ¿Desesperaba? No. Ante el supremo arrebató de rabia del Océano era tan prudente como atrevido. Solo ponía los pies en los puntos sólidos del buque náufrago. Tambien él estaba en su parasismo. Su vigor se habia decuplicado. Estaba ébrio de intrepidez.

Sus hachazos resonaban como desafíos. Parecia haber ganado en lucidez lo que la tempestad habia perdido. ¡Conflicto patético! Por una parte lo inagotable, por otra lo infatigable. Estaba por ver quién venceria á quién.

Las terribles nubes modelaban en la inmensidad máscaras de gorgonas; todo se mezclaba para producir la mayor intimidacion posible; la lluvia venia de las olas, la espuma de las nubes; las fantasmas del viento se enorbaban; aspectos de meteoros aparecian purpúreos y se eclipsaban, haciéndose la oscuridad mas monstruosa despues de estos desvanecimientos; un chaparrón único venia

de todos lados; todo era ebullicion; la sombra en masa se desbordaba; los cúmulos cargados de granizo, desgarrados, cenicientos, parecían presa de un frenesí giratorio; se oía en el aire un ruido de granos secos que se pasan por una criba; las electricidades inversas estudiadas por Volta producían de una á otra nube su juego fulminante; las prolongaciones del rayo eran espantosas; los relámpagos tocaban casi á Gilliatt. Éste parecía asombrar al abismo.

Iba y venía sobre la Duranda vacilante, haciendo temblar la cubierta bajo sus pasos, golpeando, tajando, cortando, tronchando, con el hacha en la mano, lívido por los relámpagos, desmelenado, descalzo, haraposo, con el rostro cubierto de salivazos del mar, grande en aquella cloaca de truenos. Solo la destreza puede luchar contra el delirio de las fuerzas. La destreza era el triunfo de Gilliatt. Quería producir una caída general de toda la porción de buque dislocada. Al efecto debilitaba las partes próximas á derrumbarse sin romperlas completamente, dejando algunas fibras que sostuvieran el resto. Detúvose de repente con el hacha levantada. La operación estaba hecha. El trozo entero se desprendió. Esta mitad del esqueleto se deslizó entre los dos Douvres debajo de Gilliatt, que estaba de pie sobre la otra mitad, inclinado y observando. Cayó verticalmente en el agua, salpicó las rocas y se detuvo en la angostura antes de tocar al fondo. Quedó bastante fuera del agua para dominar el oleaje á una altura de más de 12 pies; el tablero vertical formaba muralla entre los dos Douvres; lo mismo que la roca atravesada echada en el estrecho un poco más

arriba, dejaba apenas filtrar la espuma por sus dos estremidades; ésta fue la quinta barricada improvisada por Gilliatt contra la tempestad en aquella calle del mar. El huracán, ciego, había trabajado en la construcción de esta última barricada. Era una fortuna que la proximidad de las paredes hubiera impedido á este dique llegar al fondo.

De este modo tenía mayor altura; además, el agua podía sin obstáculo pasar por debajo, lo cual aumentaba la fuerza de las tablas. Lo que pasa por debajo no salta por encima. Este es, en parte, el secreto del dique flotante.

Desde aquel momento, hiciera la borrasca lo que quisiera, nada había que temer por la panza y la máquina. El agua no podía ya circular á su alrededor.

Entre la cerca de los Douvres que los cubría por el Oeste, y el nuevo dique que los protegía por el Este, ningún golpe de mar ni de viento podía alcanzarlos.

Gilliatt había utilizado la catástrofe para la salvación. La tempestad, al fin, le había ayudado.

Hecho esto, tomó de un charco de lluvia un poco de agua en el hueco de la mano, bebió y dijo al huracán: ¡zopenco! Para la inteligencia que combate es una alegría irónica hacer constar que la vasta estupidez de las fuerzas furiosas solo ha conducido á prestarle servicios, y Gilliatt sentía la inmemorial necesidad de insultar al enemigo, necesidad que se remonta á los héroes de Homero.

Gilliatt bajó á la panza y se aprovechó de la luz de los relámpagos para examinarla. Ya era tiempo de socorrer á la pobre barca; había sido violentamente sacudida en la